

Peromín

10 céntimos

Premio extraordinario y Medalla de oro en el Congreso Catequístico de Zaragoza.

AÑO III

Revista para los jóvenes.

MADRID

NUM. 113

GRACIOSÍSIMAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN





POR TOMAR CAFE



«¿Con que se toma café? Yo voy también a tomarlo, y si queréis me lo traerán aquí y os convidaré.» Alberto le miró con más extrañeza que con desconfianza. «Os acabo de ver—repuso el pillote—en la platería donde he vendido una friolera: cuatro pesetas me han dao. ¿Vosotros habéis vendido también?» El bribón sabía muy bien que no habían vendido nada, porque a través de los cristales había visto volver la alhaja al bolsillo de Alberto. Este contestó: «No íbamos más que a preguntar lo

que darían por una cosa.» «Pos sus digo—repuso el tunante—que sus vi, y de seguida me habéis petao y güelvo a decir que os he de convidar.» Y llamando al mozo le mandó llevar un café y tres copas de anisete. «Vamos a ver, ¿no queréis beber? ¿Me vais a despreciar el orsequio?» «Está muy bueno—exclamó Pepito, bebiendo la mitad del contenido de su copa; pero Alberto tomó un pequeño sorbo y apartó la copa diciendo: «Pica mucho; no lo quiero.» El granuja se puso en pie, y mirando hacia la calle, ex-

clamó: «Hombre, allí pasa un camarero; voy a llamarlo.» Luego añadió, acercándose a Alberto y abrazándole por la espalda: «Hemos de ser mu amigos!» Y salió precipitadamente del café. El pobre niño, sin darse cuenta de por qué lo hacía, metió la mano en el bolsillo en que había guardado el estuche. El estuche había desaparecido. Sintió una angustia mortal; pero se levantó precipitadamente y se lanzó a la calle gritando con desesperación: «¡Me ha robado, me ha robado!» Los camareros



del café comprendieron al punto lo que había sucedido, y como el canalla no había pagado ni las copas ni el café que se había hecho servir, corrieron también en su persecución. Al dar la vuelta el ladrón a la calle del Sacramento fué cogido por una pareja de guardias de orden público y llevado en unión de Alberto y Pepito al Gobierno civil. Le registraron y encontraron la pulsera sin estuche. Sin dejar de correr, lo había arrojado en un portal. Dijo que la alhaja era suya. Alberto contó lo que había

sucedido. Pepito no pudo declarar, porque la copa de anisete que había apurado en dos tragos se le había subido a la cabeza y... ¡qué vergüenza!, ¡estaba borracho! Alberto dijo que su papá se llamaba don Manuel Martínez y estaba empleado en el Ayuntamiento. Fué avisado por los guardias y no tardó en presentarse en el Gobierno, quedando sobrecogido al ver allí a sus dos hijos. Alberto lloraba amargamente; su corazón estaba afligido por haberse dejado llevar de su irreflexión y acceder al

deseo de su hermano y permitirse cosa tan reprensible como había sido gastar los dos reales en vez de entregárselos a su buena mamá, que ella hubiera dispuesto hacer con ellos lo más conveniente; los hubiera gastado en alguna cosa de que hubiesen podido participar los cinco hermanos; esto después de averiguar que no pertenecía a ninguno de los niños que iban al colegio. Y la moneda no se le había caído a ninguno, pues había sido sacada del chaleco del señor Martínez por los pecadores deditos de su



hijo segundo, sin que nadie lo viera, cuando la prenda estaba colgada en una perilla de la cama. El niño había cometido tan mala y fea acción ansioso de tomarse él solo un vaso de café. El papá había echado de menos los dos reales; mas por no dar un disgusto a su esposa, nada dijo; pero la culpa de aquella falta había caído desde luego sobre la incivil gallega, y en verdad que ella era capaz de comerse todo lo que estuviera a su alcance, pero coger dinero, aún no se había dado el caso. Algo le remordió la conciencia a su señor cuando su-

po quién le había sustraído los dos reales; y sintió haber sospechado de ella, por lo que se prometió darle una satisfacción, no de palabras, sino de estómago, que esto la dejaría más satisfecha, y a él también por haber reparado su falta. Todo esto lo pensó el señor Martínez al volver a su casa acompañado de sus hijos. El había aclarado el asunto en el Gobierno civil, diciendo que la pulsera era efectivamente de su esposa, y que para que pudieran quedar convencidos miraran el aro por la parte interior y verían grabada una fecha: 6 de

diciembre, que fué el día en que se casó y regaló la alhaja. «Me encontré a los niños cuando volvía de hacer un encargo del jefe—dijo a su esposa para ocultarle el disgusto que le había causado lo ocurrido—. Fui con ellos a casa de Pardo; me dijeron que daban veinte duros por la pulsera, y los tomé, pero no los traigo; he pagado con ellos una cuenta, que de no satisfacerla nos hubiera traído la mala consecuencia de un embargo. Lo hice sin consultarlo contigo, porque creo que no te parecerá mal.» «Has hecho bien», dijo la buena se-



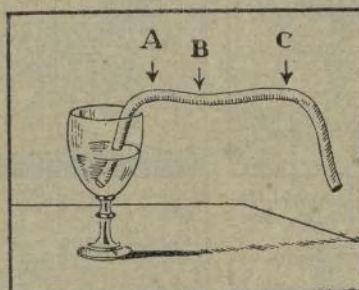
DIOS NO PERDONA AL QUE NO SABE PERDONAR

Refiere un escritor que hubo un hombre enemistado con otro, y por más esfuerzos que los amigos hicieron, nunca pudieron arrancarle el odio del corazón. Próximo a morir, le rogaron que perdonara o se reconciliara con el que estaba enemistado, pero tampoco quiso, y así murió con rencor en el corazón. Estando su cuerpo en la iglesia, mientras le hacían los oficios de difunto, al llegar los sacerdotes a la lección que empieza diciendo: «*Parce mihi Domine*» (perdóname, Señor), el crucifijo que tenía sobre el pecho el difunto, desclavó las manos de la Cruz, y tapándose con ellas los oídos, dijo: «Puesto que él no quiso perdonar, yo tampoco le perdono.» Con esto entendieron los sacerdotes que el alma de aquel desgraciado estaba condenada, y suspendieron los sufragios, negándole, además, la sepultura en sagrado.

Amiguitos de JEROMÍN: sed siempre generosos con vuestros enemigos y perdonad las ofensas que recibáis, si queréis que Dios os perdone las que vosotros le hacéis a El.



JUEGOS DE NIÑOS



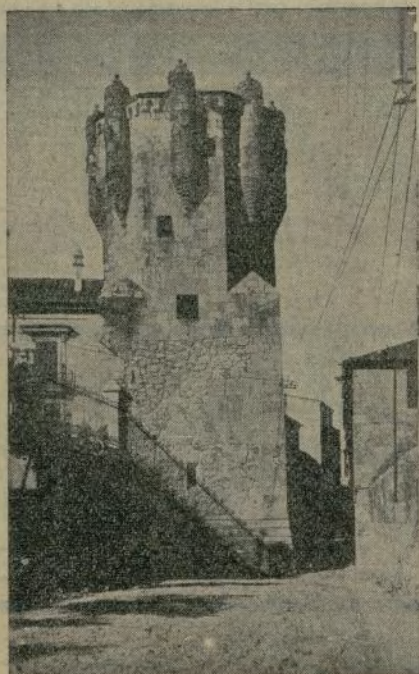
LOS PUNTOS CARDINALES

Este juego con la cuerda es muy bonito; puede ejecutarse con el salto de marcha o con el de dos pies. Consiste en dar una vuelta completa sobre sí mismo, dando primero un salto de frente, otro a la derecha, otro vuelto atrás y otro a la izquierda, continuando sucesivamente lo mismo hasta cometer una falta. Los movimientos de frente a derecha, derecha atrás, etc., han de hacerse con rapidez y con todo el cuerpo a la vez.

MAS SOBRE EL SIFON

Cuando hace de sifón un tubo de caucho, sin necesidad de aspirar con la boca, puede cebarse de la siguiente forma. Se hunde un extremo del tubo en el líquido, luego se oprime con los dedos pulgar e índice de una mano por el punto A, y seguidamente se hace lo mismo con los dedos de la otra mano por el punto B, corriendo estos dedos, oprimiendo bien al tubo hacia el punto C. Sin dejar de oprimir en el punto C se sueltan los dedos del punto A, y una parte del líquido entrará en el tubo. Se oprime de nuevo el punto A, soltando los dedos del punto C, con los que volverá a oprimirse el punto B, para repetir la misma operación, ya descrita. A las tres o cuatro veces de repetir lo mismo, el sifón se habrá cebado.

ESPAÑA MONUMENTAL, ARTISTICA Y REGIONAL



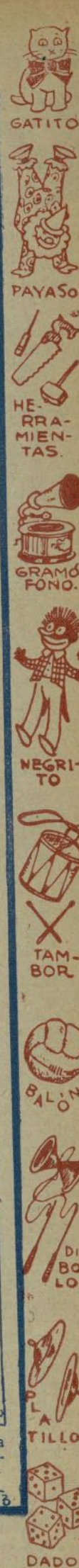
1.º Salamanca: Torre del Clavero.



2.º Murillo: Asunto místico.
Ayuntamiento de Madrid



3.º Córdoba: Escudo y tipo regional.





Cuentos fantásticos

HISTORIA DE ALI BABA Y LOS CUARENTA LADRONES

(Continuación.)

raro eso de coser un muerto—continuó el ladrón, que ya había dado con lo que buscaba—. Y cómo fué ello, si se puede saber?... «El caso es que yo... debía llamarme y así lo prometí.» Entonces el ladrón puso dos monedas de oro en la mano del zapatero, y éste le dijo lo poco que sabía acerca del caso; añadiendo que como le habían vendado los ojos al entrar en la casa del difunto, no le era posible dar muchos informes. El bandido le prometió buena propina y propuso venderle y acompañarle por las mismas revueltas que se acordara haber andado, para ver si así acertaba con la casa. Accedió a ello Mustafá y salió con el ladrón, dejándose vendar donde le había vendado Margiana, y luego continuó hasta un lugar en donde se paró y dijo: «Creo que no pasé de aquí.» Los dos estaban delante de la casa de Cassim; mas como ignoraban quién vivía en ella, el bandidero despidió a Mustafá y después señaló con tiza la puerta de aquella casa, retirándose al bosque a dar a sus compañeros



cuenta de lo que había averiguado. Cuando Margiana salió a hacer sus compras, al ver la señal que en la puerta había y sospechando que quisiesen hacer alguna malicia a sus amos, cogió un pedazo de yeso e hizo el mismo signo en varias casas próximas. Llegaron aquella noche los ladrones y se confundieron al ver tantas señales, temiendo que volverse sin ejecutar sus perversos designios. Al otro día comisionaron a otro de la cuadrilla con el mismo objeto que el primero, el cual sobornó también a Mustafá y señaló la casa con pintura roja; pero Margiana repitió la misma operación, quedando de nuevo burlados los malhechores. En vista de los dos fracasos, el capitán, que ya echaba espumarajos de rabia por la boca, determinó hacer por sí mismo las averiguaciones; sobornó a Mustafá, tomó bien las señas del edificio y regresó a la cueva. Una vez allí reunió a sus gentes y les ordenó que comprasen veinte mulas y cuarenta grandes pellejos de aceite, uno lleno y los demás vacíos. Apenas estuvo todo listo y para la partida, mandó que se armasen bien y que se metiese cada uno dentro de un pellejo. Abrió un pequeño boquete para que respirasen, cargó las mulas con los ladrones y el pellejo de aceite y se dirigió a casa de Ali, a quien pidió por favor que le dejase pasar allí la noche, porque las posadas estaban llenas. Como el capitán iba disfrazado de aceitero, Ali no pudo reconocerle, así que le permitió alojar en el patio las caballerías y que se hospedase él allí, dando aviso a Margiana para que

preparase la cena. El capitán fué abriendo un poco más los pellejos para que respirasen los ladrones, al paso que les decía en voz baja: «Estaos quietos hasta que oigáis el silbato en la hora oportuna.» Después de la cena se retiraron todos pronto, mientras Margiana se fué a la cocina a preparar un caldo para su señor. Mas se le apagó la lámpara por falta de aceite, y por mucho que buscó no encontró en toda la casa ni una gota, y ya no era hora de irlo a buscar a la tienda. Se acordó entonces de los pellejos que estaban en el patio y se dirigió allá con una jarra para llenarla. Al acercarse al primer pellejo oyó que un ladrón le decía con voz queda: «¿Es hora ya?» Ella, sin desconcertarse, comprendió el riesgo en que estaban sus amos, y respondió muy serena y en el mismo tono: «Todavía no; dentro de unos momentos.» Se fué acercando a todos los pellejos y en todos oyó la misma pregunta. Al llegar al último, que era el que tenía aceite, llenó el jarro, fué a poner luz en la cocina y encendió un gran fuego con el que hirvió el aceite restante dentro de una caldera; después bajó con el aceite hirviendo adonde estaban los pellejos y, con mucha tranquilidad y sangre fría,

(Continuará.)

Los dos PERROS



fábula

De dos perros que tenía un hombre, uno estaba destinado a cazar y el otro a guardar la casa. Reconviendo aquél al que guardaba la casa porque no trabajaba, contestó el guardián:

—No debes reprenderme a mí, sino al amo, que así ha dispuesto las cosas, enseñándote a ti a cazar y a mí a participar de lo que tú cazas.

No deben ser reprendidos los hijos mal educados, que nada saben, sino los padres, que no han procurado enseñarlos.

ESOPHO.

ACERTIJOS Y ADIVINANZAS

Alcoba y alcoba,
y en cada alcoba su dama.

(La solución en el próximo.)

Solución del número anterior: El pincel.

Ayuntamiento de Madrid



Queri 2.a qui To To:
pro d obrar NOTA em
p. 185 36 201. NOTA ctitud. to
señal el dictamen D
NOTA 185 36 201. CHA. sin ner
en el que diran. El
obreis:: obreis, NOTA
emp. NOTA os criti: ja +
podreis nerle con
to. A quien se pue D
ner con nto, obran
NOTA bien, a que lo
principal.

SOLUCION A LA CARTA ANTERIOR

Crean algunos que la libertad consiste en hacer lo que se quiera, y eso no es libertar: es libertinaje e intolerable tiranía. La libertad sólo se encuentra en el perfecto cumplimiento de las leyes y en el absoluto respeto a los derechos ajenos.

JEROMÍN.

Jeroministas: En el número 115 comenzará a publicarse la emocionante y preciosa historia de «Miguelín», de nuestro entusiasta colaborador M. Bengoa. No dejéis de comprar JEROMÍN.

MAXIMAS

El camino de la vida está lleno de peligros, que sólo se salvan manteniéndose firme en la virtud.

El hombre más feliz es el más virtuoso.

Si faltas a tu deber, perderás la confianza de todos.

El que es laborioso tendrá siempre lo necesario para la vida.

El que ama a Dios, guarda sus mandamientos.

No ofendas a nadie y tendrás el respeto de todos.

No guardes rencor a nadie y todos te amarán.

La felicidad sólo se logra obrando siempre bien.

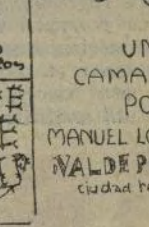
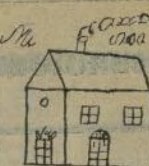
El niño que sabe obedecer, sabrá luego mandar.

La España Gloriosa



COLABORACION INFANTIL

CASTILLA LA NUEVA



«En el nombre de Dios clemente y misericordioso: el rey de los cristianos al rey de los musulmes. Puesto que, según parece, no puedes venir contra mí ni enviar tus gentes, envíame barcos, que yo pasaré con mis cristianos donde tú estás y pelearé contigo en tu misma tierra, con esta condición: que si me vencieres seré tu cautivo y tendrás grandes despojos y tú serás quien dé la ley; mas si yo salgo vencedor, entonces todo será mío y seré yo quien se las dé al Islam.»

Esta fué la arrogante carta que Alfonso VIII de Castilla dirigió al poderoso emperador de los almohades Yacub ben Yusuf, y que dió origen a la tremenda derrota que sufrió el ejército cristiano en Alarcos.

«Dijo Alá topoderoso: Revolveré contra ellos y los haré polvo de podredumbre con ejércitos que no han visto y de los cuales no podrán escapar, y los sumiré en profundidad y los desharé.»

Con estas palabras respondió el emperador musulmán al atrevido reto del rey de Castilla, y saliendo de Marruecos con un poderosísimo ejército desembarcó en Algeciras, avanzando contra el imprudente retador.

Encontráronse los ejércitos en la llanura de Alarcos, y aunque las fuerzas cristianas eran muy inferiores en número a las enemigas, al principio la victoria pareció declararse por ellos; pero en lo más recio de la pelea arremetió Aben Yussuf, a quien llamaban Almanzor, con sus almohades, destruyendo a unos diez mil caballeros escogidos que llevaban el estandarte de Alfonso, y sembrando el terror entre los cristianos, de los que perecieron más de veinte mil. Alfonso VIII tuvo que aceptar la tregua y las condiciones que le impuso el vencedor; pero no renunció al desquite de la desastrosa jornada de Alarcos, que es una de las páginas más tristes de nuestra historia.

Afortunadamente, al expirar la tregua, reinaba la paz entre los príncipes cristianos; y como era mucha la impaciencia del rey de Castilla de volver por su honra, y ardía en deseos de vengar la catástrofe sufrida, provocó de nuevo la guerra contra el infiel, haciendo victoriosas correrías por tierras de moros.

Furioso el emperador africano, que lo era a la sazón Mohamed Ben Yacub, por la osadía del monarca castellano, proclamó la guerra santa, y con un ejército, que algunos historiadores elevan a 400.000 hombres, se estableció en Andalucía, después de apoderarse de la plaza de Salvatierra, resuelto a tomar satisfacción del atrevido y orgulloso rey de Castilla.

Prudente y precavido en esta ocasión, Alfonso VIII no atacó inmediatamente a los sarracenos, sino que, respondiendo a la guerra santa proclamada por Yacub, hizo una excitación y llamamiento universal a todos los príncipes cristianos para que le ayudaran y concurrieran a destruir el poder musulmán, y obtuvo del pontífice Inocencio III, que predicara una cruzada, concediendo indulgencia plenaria a todos los que concurrieran a la guerra de España contra los enemigos de la fe.

Las excitaciones de Alfonso VIII y el auxilio espiritual que le prestara el soberano pontífice, dieron los resultados apetecidos, pues aparte de los reyes de Aragón,

Navarra y Portugal, concurrieron de Alemania, Francia e Italia 2.000 caballeros, 10.000 jinetes y 50.000 infantes, que se reunieron en Toledo.

Todas las tropas cristianas se pusieron en marcha el 21 de junio de 1212, y tres días después entraban por asalto en Malagón. De allí avanzaron hacia Calatrava, cuyo camino, así como el cauce del Guadiana que los cristianos tenían que atravesar, habían cubierto los moros de puntas de hierro para que ni caballos ni infantes pudieran pasar sin estropearse los pies; pero los cruzados vencieron estas dificultades y, por asalto también, tomaron la ciudad, que estaba defendida por Aben Cadis y sus tropas, que eran el terror de aquella frontera. Los extranjeros pretendie-

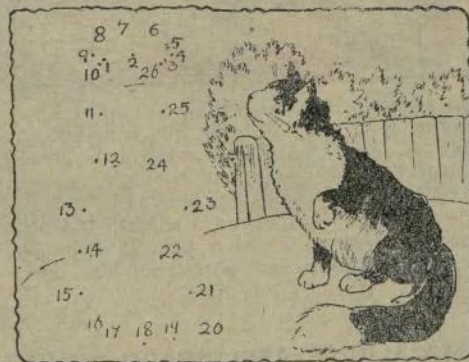
ron pasar a cuchillo a la población y entregarse al saqueo; pero los generosos monarcas españoles se opusieron resueltamente, y entonces aquellos, pretextando el calor excesivo que empezaba a sentirse, se retiraron, encaminándose a los Pirineos.

Grande fué esta pérdida para los cristianos, cuyos ejércitos quedaban muy debilitados, pero no se entibió por esto el ardor de los españoles que, llenos de fe y de confianza en Dios, prosiguieron su marcha hacia Alarcos, lugar de funestos recuerdos para Alfonso VIII, pero en el que entraba entonces triunfante viendo huir a la morisma ante sus huestes.

El 12 de julio llegaron los españoles al puerto del Muradal, donde un fuerte cuer-

(Continuará.)

ROMPECABEZAS



1.º Unid los puntos, del 1 al 26, y descubriréis lo que mira el gato.



2.º Aquí está Sancho; ¿y Don Quijote?

JEROMIN, la revista para jóvenes más artística, amena e instructiva
Con censura eclesiástica.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un ejemplar, 5,20 pesetas al año.

Por paquetes de cinco ejemplares en adelante, a razón de ocho céntimos ejemplar.—Número suelto, 10 céntimos. — Pagos adelantados.

Dirección y Administración: Calle Mayor, número 92, pral. izquierda, Madrid.

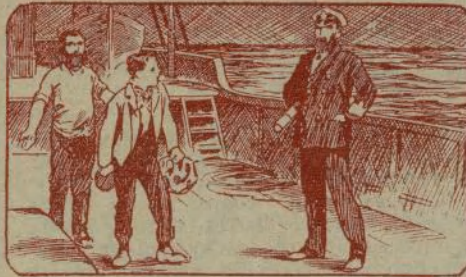
Teléfono 18.491.



Era Manolín un jovencito gallego que, deslumbrado por las cuantiosas fortunas con que regresaban algunos (muy pocos) de sus compatriotas que habían marchado a América, tomó la firme resolución de marchar él también al Nuevo Continente, para hacerse con algún dinero que por allí anduviese perdido. Pero



Manolín tropezaba con una gran dificultad: no tenía para el pasaje; mas como no era hombre que se amilanase por tan poca cosa, decidió «colarse de contrabando» en el primer buque que zarpase para aquellas tierras, y, poniendo en práctica su idea, un buen día partió en un buque mercante con rumbo a lo desconocido...



Sería poco más o menos la hora de anochecer cuando nuestro héroe se vió descubierto por un viejo marinero que, prefiriendo dormir al aire libre en un bote salvavidas a las estrecheces de la hamaca del camarote, fué a dar precisamente en el bote en que Manolín se había oculto. ¡Pronto empezaba a tropezar! El



marinero cogió a Manolín por una oreja y lo llevó a presencia del capitán, que, tras reprocharle duramente por su acción, le hizo ver que de alguna forma tenía que ganarse el pasaje y el sustento durante la travesía. Desde aquel día, Manolín no tuvo instante de reposo; sus sueños dorados iban desvaneciéndose.



Pero la Fortuna, que, por lo visto, tenía ganas de favorecerle, hizo que un desgraciado accidente viniera a modificar el cariz que la vida iba tomando para Manolín. Una mala tarde, tarde de niebla, se interpuso un iceberg, que, como sabéis, son grandes montañas de hielo que, procedentes de los mares polares, nave-



gan a la deriva. Y tras un espantoso choque, el buque comenzó a hundirse rápidamente. El capitán dió el trágico grito de «¡Sálvese quien pueda!», e inmediatamente se dirigió a la cabina del radiotelegrafista para que lanzara la señal de socorro; pero éste, herido gravemente por la violencia del choque, no era



dueño de su persona. En aquel instante apareció por allí Manolín, y recordando los conocimientos que tenía sobre el manipulador, pues había sido repartidor de telégrafos en su pueblo, penetró resueltamente en la cabina y con el agua a la cintura comenzó a lanzar insistentemente la señal S. O. S. Pronto fué captada



la señal de auxilio por otro buque mercante que, no lejos de allí, navegaba, por lo que los naufragos tuvieron la gran alegría de ver recortarse en el horizonte la silueta del barco que, gracias al arrojo de Manolín, se disponía a salvarlos. Una vez que estuvo a salvo toda la tripulación, el capitán del barco hundido pre-



sentó a Manolín al otro capitán, el cual, al enterarse de su valentía, le propuso que se quedara de ayudante con su radiotelegrafista, cosa que Manolín, desvanecidos sus sueños de gloria ante la realidad de la vida, aceptó con mil amores.

FIN

HISTORIA DE UN MOZALBETE APELLIDADO «CHURRETE» (Continuación.)



Los pobres negros que tiraban de la cometa, fatigados de tanto correr, empezaron a acortar el paso. Entonces Churrete echó mano de su provisión de pe-



ladillas del arroyo y comenzó a tirárselas a los corredores, con tanto tino que todas hacían blanco, rebotando en las calvas cabezas. La broma se les iba ha-



ciendo demasiado pesada. La cometa iba subiendo... subiendo.



(Continuará.)